José Miguel Martínez Torrejón (New York)

Silencios, sigilos y sordinas: Alcazarquivir visto desde el Escorial

Que la batalla de Alcazarquivir fue un trauma extensivo a toda la Europa cristiana es aserto que no necesita ser probado. Las dimensiones del desastre convertían la 'Jornada de África' en la antítesis de Lepanto, por más que D. Sebastián se hubiera empeñado en presentarla como un segundo acto, por tierra y en Occidente, de «la más alta ocasión que vieron los siglos» en el Mediterráneo oriental.[1] Pero si el triunfo de Lepanto fue más simbólico que eficaz, Alcazarquivir fue en cambio desastroso en todos los sentidos: para unos sería por motivos religiosos, para otros era el miedo al afianzamiento del poder otomano en el Mediterráneo occidental, cuya llegada al Atlántico ponía nerviosas incluso a Francia e Inglaterra, que además veían con disgusto el más grave de los efectos secundarios de la batalla: la acumulación del imperio portugués a los dominios de Felipe II.

Por toda Europa, espías, embajadores y viajeros mantienen desde el primer momento una intensa correspondencia que pronto cristaliza en algunas publicaciones impresas. El resultado sería un extenso corpus internacional, en algunos momentos confundido con el mito de que D. Sebastián no murió en la batalla y habría de regresar (en persona o reencarnado en un rey portugués de nación). Pero dejando de lado los vericuetos del sebastianismo, nos ocupa aquí cómo se construyó este corpus en sus primeros cuarenta años, haciendo un camino lleno de obstáculos hasta encontrar los términos aceptables para una crónica oficial, que sólo llegaría con la *Historia de Felipe II* de Cabrera de Córdoba (1619).

Tanto interés por los hechos de 1578 no podía menos que verse acompañado de curiosidad por las causas de la tragedia, que siempre

---

[1] Sobre la campaña literaria emprendida por D. Sebastián en pro de su 'Jornada de África' y cómo en ella utiliza el recuerdo de Lepanto, ver Martínez Torrejón (2005; 2009) y la próxima edición de la *La batalla Ausonia* de Pero da Costa Perestrello, que prepara Miguel Martínez.

Tobias Brandenberger / Elisabeth Hasse / Lydia Schmuck (eds.):
A Construção do Outro: Espanha e Portugal frente a frente
Tübingen: Calepinus Verlag, 2008.
ISBN 978-3-9810911-4-4, págs. 87-107.

convergían en la personalidad de aquel rey tan conocido en tantas cortes europeas, aunque sólo fuera por los intentos fallidos de colocar una princesa en su tálamo y trono. ¿Quién era este joven que había heredado un imperio disperso por todos los mares y que se había estrellado con su pueblo en Marruecos, sin sucesión ni explicación? La pregunta venía de muy atrás, y las respuestas que se dieron condicionan la difícil fijación en la historia de la 'Jornada de África'. Desde antes de su nacimiento, D. Sebastián había sido objeto de una atención literaria difícil de exagerar y que los historiadores no podían ignorar; hijo póstumo, último y enfermizo vástago directo de la casa de Avís, su nacimiento fue impetrado a los cielos, esperado y saludado como el del mesías salvador de la independencia nacional, regalo del cielo para ese propósito y (como indicaba su llegada en día de San Sebastián) para defender la cristiandad por la vía militar. Llovieron sobre él predicciones astrológicas, sonetos salutatorios, églogas panegíricas, tratados de educación. Todo cambia cuando en 1568 recibe las riendas del gobierno y cae bajo el control de los hermanos Cámara (su confesor y su secretario); en papeles manuscritos crece entonces la sátira más cruda, y en églogas y poemas épicos, la más velada: el rey no gobierna su país y prefiere soñar con la cruzada y el imperio; el rey, inmaduro e irresponsable, no manda en su persona y se deja mandar por los Cámara y los jesuitas; sus validos le llevan a cazar para distraerle de su gobierno y su urgente obligación matrimonial; su confesor le impide casarse con pretextos devotos. Se murmuraba de su impotencia y su homosexualidad, de su carácter melancólico que le inclinaba a buscar la muerte...[2]

Algunos de estos rumores eran extremadamente incómodos, y la unión ibérica hereda la necesidad de echar tierra sobre los mismos, complicando una serie de difíciles equilibrios: hablar de D. Sebastián sin ofender a miembro tan importante de su familia como era el nuevo rey, llorar su muerte sin olvidar que el resultado fue la feliz reunión de los reinos separados, explicar la derrota de los nuevos súbditos de Felipe II

[2] Numerosos de estos textos, todavía manuscritos, verán la luz en la colectánea de literatura sebástica que estoy preparando. Un adelanto puede verse en Martínez-Torrejón (2007). La bibliografía sobre D. Sebastián es extensísima, y muy repetitiva; instrumento fundamental para navegar por ella es Oliveira (2002), aunque no recoge fuentes manuscritas. Entre las docenas de monografías, Velloso (1945) sigue siendo imprescindible, puesta al día por Villacorta (2001) y Cruz (2006).

sin dejar de enaltecer por ello su valor, acusar de todo a los malos consejeros y mantener a la poderosa Compañía de Jesús por encima del barro. Pocos se atrevieron, y algunos de ellos fueron silenciados.

La más hermosa solución la dio Fernando de Herrera, cuya *Canción I* (Herrera 1582: f.10v-12v) alcanzó enseguida el renombre que la convertía en «principio acerbo a la memoria / d'aquel día fatal» (vv. 2-3). Pocos años antes, a la hora de cantar el triunfo de Lepanto, el poeta sevillano no había dudado al escoger la métrica y el protagonista: épicas octavas reales pregonaban cómo Dios mismo fue el único vencedor «en la llanura del mar» de su enemigo otomano (*Cantemos al Señor que en la llanura*). La Santa Liga, D. Juan de Austria, Felipe II, son meros instrumentos de este Dios de las batallas que de este modo salvó su rebaño del peligro turco. Tan pocos años después, cuando el desastre de África parece desmentir la tesis central de que el Cielo está de nuestro lado, Herrera presta su verso al llanto por el rey vencido y muerto de quien tanto se había dicho que era regalo directo del mismo Dios de las batallas. Su canción se publica en 1582, inmediatamente después de las cortes de Tomar, año de dar por concluido cuanto se dijo y cuanto se hizo en torno a D. Sebastián, de modo que Felipe II pueda empezar a reinar en paz sobre sus nuevos súbditos. Herrera ignora el nacimiento providencial del rey, poblando su «Voz de dolor y canto de gemido» (v. 1) de resonancias bíblicas que señalan al hombre como único culpable del abandono de Dios. D. Sebastián, aunque su juventud e inexperiencia le justifiquen, pecó de soberbia; él y los suyos confiaron sólo en sus fuerzas humanas e ignoraron a Dios, que «abrió su mano» protectora y los dejó caer al abismo:

¡Ay de los que pasaron, confiados
en sus caballos y en la muchedumbre
de sus carros, en ti, Libia desierta,
y, en su vigor y fuerzas engañados,
no alçaron su esperança a aquella cumbre
d'eterna luz, mas con soberbia cierta
se ofrecieron la incierta
vitoria, y sin volver a Dios sus ojos,
con yerto cuello y coraçón ufano
sólo atendieron siempre a los despojos!
Y el santo d'Israel abrió su mano
y los dejó; y cayó en despeñadero
el carro, y el caballo y caballero (vv.14-26).

De este modo Herrera ponía las cosas en un punto cómodo para Felipe II, que no había aprobado la Jornada de África y que ahora buscaba la amistad de sus nuevos súbditos: los posibles justificantes (la extensión del cristianismo, la defensa del destronado Jarife frente al usurpador Maluco) no se mencionan, de modo que la empresa queda así condenada, tanto por su «soberbia cierta» como por la ambición, verdadero móvil de los invasores. El honor colectivo de los portugueses se pone a salvo cuando se recuerda el valor con que conquistaron un extenso imperio, pero se advierte que la excesiva confianza en las propias fuerzas lleva, como al cedro del Líbano, a la ira divina, desencadenante a su vez de la falta de valor de que algunos dieron muestra en cierto momento de la batalla («Cayó en unos vigor, cayó denuedo, / mas en otros desmayo y torpe miedo»), afirmación que, ya sin la justificación teológica, veremos repetida o vehementemente negada, en polémica que todavía no ha terminado.

La legitimidad de la monarquía dual queda así implícita: la arrogancia, ambición y falta de valor de los portugueses justifican que Felipe II herede, compre y conquiste su reino, como dicen que dijo. La herida que eso pueda suponer para los vencidos se restaña en los versos finales, que aluden a la unión ibérica para recordarle a la victoriosa África

> que si el justo dolor mueve a vengança
> alguna vez el español corage,
> despedaçada con aguda lança
> compensarás, muriendo, el hecho ultrage,
> y Luco, amedrentado, al mar inmenso
> pagará d'africana sangre el censo
> (vv. 99-104).

Esta amenaza en tono épico pone un remate decoroso a un poema sobre y para reyes, pero la venganza será posible sólo porque 'español' se refiere ya la Península entera, que sufre el ultraje hecho a una de sus partes y que, reunidas al fin sus fuerzas, volverá a África. Lo confirma Herrera en su soneto LXIV (*Ya que el sujeto reino lusitano*), donde anima al rey a invadir África para extender la fe, aprovechando el redoblado poder que le da la reciente unidad del «reino Hesperio».

No sabemos la fecha de la *Canción V* de Luis Barahona de Soto (*¿Qué entrañas de piedad y amor ajenas[...]?*), pero su relación con la de Herrera es visible en cada estancia: también Barahona habla, desde el principio y en términos más absolutos que los de Herrera, de la

unificada «España mía» como víctima cuya gloria destrozada ha de encomendar «a la memoria de otros siglos». Ambos se preguntan por qué los conquistadores del imperio portugués terminaron muertos e insepultos «en las arenas / de la abrasada y dura Libia». La solución a la paradoja es la misma: ambición, vanidad, soberbia, castigo (aunque la mano de Dios, implícita, nunca es mencionada por Barahona): «Aquí juntó ambición mil montes de ira, / alzados sobre el vano fundamento / de la mejor virtud de sus pasados».[3]

Cuando en el mismo 1582 regresa Diogo Bernardes de su cautiverio en Fez, trae consigo varios poemas escritos allí, y dos elegías se copian en la *Miscelânea Pereira de Foyos*, un voluminoso códice compilado entre 1572 y 1577, con abundante contenido satírico, tanto antisebástico como antifelipista: el mal gobierno de D. Sebastián lo subordina todo a sus deseos de invasión; Felipe II, beneficiario de esta política de su sobrino, lo será más cuando, muy pronto, herede el reino. Tras la unión ibérica se añaden a la *Miscelânea* varios cuadernos exentos de alusiones anticastellanas, pero no de antisebastianismo, como es el caso de las elegías de Bernardes. En la primera *Eu que livre cantei ao som das águas*, (*Miscelânea*: f. 337r-339r), lejos de la incriminación abstracta de Herrera, hay una muy concreta búsqueda de responsables. Bernardes olvida que él mismo había sido uno de los grandes animadores literarios del partido belicista en la víspera de la jornada (llegó a pedir el honor de componer el poema oficial en celebración de la victoria) y recupera el viejo tema de los malos consejeros para culparles a ellos de esa confianza excesiva en las propias fuerzas. Se emplaza al rey para que rinda «conta estreita» ante el tribunal de Dios por su inconsciencia, arrogancia, etc. Junto a la culpa y los culpables se explora también el motivo de tamaño yerro, que no puede ser más que el deseo de valimiento:

[3] Aunque Barahona fuera 14 años más joven que su amigo Herrera, no es necesariamente su seguidor, cuestión que exige más estudio del que cabe aquí. En cualquier caso, puesto que su canción no se imprimió hasta el siglo XIX, su peso específico en la literatura sebástica es mínimo, comparada con la muy difundida de Herrera.

Dos teus na tua incerta confiança,
qual te desenganou, senão do imigo
o pelouro mortal, o alfange, a lança?
Cubriram com teu gosto teu perigo
(estando teu perigo já tão claro!)
a fim de não valer menos contigo
(*Miscelânea*: f. 337v, vv.31-36).

Para cuando en 1594 Bernardes publica el primer volumen de sus poemas *Várias rimas ao bom Jesús*, ambas elegías han crecido en tamaño y, sobre todo en la primera, lo hacen en detrimento de la imagen de D. Sebastián. El llanto da paso al grito acusatorio: contra los malos consejeros, contra la temeridad del rey, contra la ambición, y se da entrada a una de las críticas que circulaban por relaciones manuscritas al referirse a la vanidad que hizo a los hidalgos ir cargados de joyas, vestidos lujosos y hasta vajillas, impedimentos para la lucha a la vez que alicientes para los enemigos:

Se foras com bom zelo aconselhado
não vieras com poucos buscar tantos,
ó rei por nosso mal tão esforçado!
[...]
Os que pretendem palma e os que louro
na batalha cruel, fea, sangrenta,
com ferro se guarnecem, não com ouro!
A vista do que tanto nos contenta,
a pérola e a pedra reluzente,
as forças dos imigos acrecenta
(f. 81v-82r, vv. 49-51; 58-63).

En la segunda elegía «Sobre um alto rochedo em Berberia» (Bernardes 1594: f. 83v-87r), el añadido es mucho más extenso. Aunque dedicado sobre todo a llorar compasivamente por las víctimas y por sus supervivientes, hay una nota nueva en lo radicalmente erróneo de la empresa misma, que permite explicar el desastre como justo castigo permitido por Dios:

Ah, jornada infelice, ah, cego engano!
Deixar tão rica terra, ir a desterros
por livrar de um tirano outro tirano,
ambos inimigos nossos, ambos perros,
ambos desprezadores da cruz sancta!
Ambos tinham um culto, ambos mil erros.
Quem põe os olhos nisto não se espanta
de permitir o Céo castigo tanto
a descuido tamanho, a culpa tanta
(f. 85v, vv. 112-120).

Tenemos que pensar que Diogo Bernardes escribía tan circunstancialmente antes como después de Alcazarquivir, pues aunque el trauma del cautiverio justifica el cambio de dirección en sus opiniones, no explica la radicalización de las mismas en los pasajes añadidos después de alcanzar la libertad, desde luego después de haber leído lo que se iba escribiendo en la Península; y quién sabe si algo tendría que ver que Felipe II le concediese justo entonces (1593) una pensión vitalicia de 40.000, doble de la que le dio D. Sebastián.

Mientras Bernardes enmendaba sus elegías, Luis Pereira Brandão publica su *Elegiada* (1588), único poema narrativo que se ocupa exclusivamente del reinado de D. Sebastián y su desastroso final; se lo dedica al cardenal Alberto de Austria, sobrino de Felipe II y su virrey en Portugal. Brandão se extiende extraordinariamente a la hora de contar en detalle las causas de la expedición: tanto la crianza y carácter del rey como los aspectos estratégicos y económicos de la empresa, las ventajas que se derivaban de ella para Portugal junto a los peligros que entrañaba. Toda esta información se distribuye en los discursos de distintos consejeros, cuyas opiniones, aunque acaben señaladas como erróneas, son presentadas por extenso y de forma convincente, pero, como en Herrera, la derrota se debe a la voluntad de Dios, y Brandão invierte el concepto del nacimiento providencial del rey para presentarlo como vehículo de la desgracia: «nacido para meo de tal dano» (canto XVIII).

Por los mismos años, Jerónimo de Corte Real engastaba un breve relato del desastre de Alcazarquivir en su *Naufrágio de Sepúlveda*, poema narrativo que vería la luz póstumamente, en 1594. Como Herrera, Corte Real había empezado por cantar la batalla de Lepanto, y había sido vituperado por sus compatriotas por escribir todo un poema épico sobre asunto de interés extranjero, en castellano y dedicado a Felipe II, quien agravó las cosas agradeciendo la *Felicísima victoria [...]* (Corte Real 1578) en una carta de su puño y letra. En el *Naufrágio de Sepúlveda* el relato sobre D. Sebastián se detiene en un extenso preámbulo dedicado a quitar valor a las predicciones astrológicas:

> Que o planeta inclinar é avariguado,
> mas tal constelação não nos obriga,
> um livre alvidrio a todos nos é dado
> que o mal ou bem cada um escolha e siga.
> Não há destino cruel nem triste fado,
> não há fortuna boa ou sorte amiga,
> que grande erro é dizer no triste efeito:
> "A ũa estrela infelice estou sogeito"
> (Corte Real 1594: canto XV, 2).

Del intacto libre albedrío del rey se sigue su responsabilidad, y el resto del canto XV puede continuar entrelazando, sin obstáculos, lo visto en Herrera y en Bernardes: Portugal se perdió «por culpa de alguns ambiciosos / que mal aconselhando se enriquecem / se mal quer o rei ser aconselhado»; reconoce la imprudencia del rey, su «indocta adolescencia / sem prudente conselho proveitoso», siempre distinguiendo «tenacidade / não forte coração, não valentia / mas uma cega e solta mocidade». En un importante detalle, en cambio, coincide sólo con Brandão: el valor de los portugueses es constante y nunca se pone en duda.

La *Conquista de Granada* de Duarte Dias (1590) dedica a D. Sebastián 16 octavas, bajo la forma de una profecía pronunciada ante Fernando el Católico. Portugal se integra así en la historia de España, como apéndice o desvío cuyo penúltimo rey, en tanto que descendiente de todos los de Castilla y Aragón, es camino natural para que Felipe II, tronco principal de la misma cepa, reúna por herencia todos los reinos. Dias no se detiene a averiguar el por qué de los designios divinos; no hay culpas ni empresas erróneas, y la invasión se justifica suficientemente por su intención de restituir en su trono al legítimo Jarife. Asumida la derrota, es necesario encontrarle la lectura positiva que, en última instancia, es de rigor ante algo tan grande y querido por Dios:

> mas venturoso mal, dichoso daño
> el que trae consigo un bien tamaño.
> Ves que hereda aquel reino el más perfeto
> rey que tuvo la tierra, a quien el Cielo
> para tamaño imperio tiene electo
> que se puede llamar señor del suelo
> (canto XV, vv. 119-123).

Duarte Dias, pues, se alinea con los poetas españoles: Alcazarquivir no fue más que el vehículo necesario para que la unión ibérica fuera posible.

Las precauciones tomadas en torno a la voluntad, expresa o tácita, de Felipe II, se observan también en las abundantísimas crónicas y relaciones que circulan, manuscritas e impresas, en número todavía indeterminado. La primera, publicada en 1579, es la versión francesa de la *Relación de las guerras de Berbería*, de Fr. Luis Nieto, un dominico español que dice haber presenciado la batalla y que la contó con un preludio acerca del problema sucesorio de Marruecos y de cómo el carácter belicoso del rey portugués le había llevado a intervenir en la

consiguiente guerra civil. Seguirán dos versiones distintas en alemán (1580; 1581), en latín (1581) y en inglés (1587). En la Península, en cambio, apenas se conserva el manuscrito original, fechado en 1578 y dedicado a Felipe II. Nunca fue publicado, a pesar de que Nieto no se mete en honduras ni en complicaciones; parece escribir para contentar a todo el mundo, alabando a Felipe II por el cuidado paternal con que intentó apartar a su sobrino de su imprudente decisión, y elogiando en éste el santo empeño de extender el cristianismo aun poniendo la vida en peligro, «por lo cual es de creer que aquel supremo Rey de los Reyes [...] le daría aquella felicísima corona de gloria con que suele coronar a aquellos que legítimamente pelean» (Nieto s.d.: cap. XIV).

Una nota incómoda la da la mención del rival de Felipe II como «príncipe D. Antonio», que una sucesión de tachones y enmiendas convirtió en «infante», «Señor» y por último en «el hijo natural del infante D. Luis». Tanto o más grave era decir que D. Sebastián intentó entregarse al verse perdido, pero que los moros que le rodearon no le entendieron y le mataron. Si la cordura del rey podría, con limitaciones, ponerse en duda en los años venideros, su valor no. Sean estos o no los motivos que descualificaron la *Relación*, parece claro que el interregno que supuso el reinado de D. Henrique (1578-1580) no era momento para que desde España y bajo la protección del rey se airease el desastre de Portugal, reino que esperaba heredar pronto.

Muchas relaciones acompañan la de Nieto en la oscuridad de los manuscritos, y es imposible intentar siquiera mencionarlas aquí. Algunas se atreven con contenidos ofensivos o vergonzosos, como la firmada en 1584 por un tal Miguel Pereira, que se presenta como testigo de la batalla, y que también se extiende por la crianza del rey, atribuyendo a los Cámara, con una virulencia fuera de lo común, sus excesos de religiosidad y militarismo. Menos aceptable parece el retrato de D. Sebastián, que

> [f]oi tão casto e honesto que nunca lhe sintirão ajuntar-se com mulher, nem se inclinar às damas do Paço no modo que aos príncipes se permite e lhes é dado, antes assim passava por elas sem travar prática nem olhar, como se forão otras mulheres em que não coubessem os taes favores, pelo que não faltava quem dissesse ter esquecida a natureza per razão de certo achaque que sendo menino padecera... (Pereira s.d.: cap. 59).

En cuanto a la batalla, Pereira pinta abundantemente las riquezas, joyas, armas doradas, sedas y penachos con que los vanidosos

portugueses se adornaron en África; de nuevo sólo la vehemencia le distingue de otros contemporáneos. También atribuye la derrota a la voluntad de Dios, en términos semejantes a los de Fernando de Herrera: los pecados de los cristianos exigían el castigo, «nem menos é para duvidar que a gravidade das nossas envelhecidas culpas seria a causa toda de encolher a liberal mão da divina misericórdia e a estender em favor de nossos contrários».

Pero otro aspecto hacía intolerable la crónica de Pereira, y era su retrato de los portugueses como cómplices de su rey: los hidalgos, por miedo, le besaban la mano y le daban el consejo que él quería oír, por más que fuera insensato. Los clérigos, que, exentos de la jurisdicción civil, podían hablar con más libertad, tampoco lo hicieron, de modo que Pereira puede acusarlos a todos:

> Cegueira em fim foi geral do reino todo, causada de pecados ocultos, que derão lugar a que deixassem ir fazer guerra contra infieis a um rei moço de vinte e quatro anos de idade, sem casar nem haver no reino herdeiro que lhe succedessse de que se podessem esperar somente tão arriscada desnecessária e duvidosa, mas ainda em favor de que ele mesmo e todolos príncipes christãos tinhão recebido grande dano (cap. 52).

Podemos suponer que Pereira intentó imprimir su crónica, pues le puso un prólogo dirigido «aos curiosos lectores, inclinados a saber histórias verdadeiras e não contos fingidos». Pero su historia atentaba contra la buena fama de D. Sebastián y la de la alta nobleza portuguesa, no siendo por ello grata ni para el nuevo rey ni para las autoridades portuguesas que tendrían que autorizar la impresión. No es ése el caso de otras muchas conservadas, quizá concebidas para uso privado y que en ello se quedaron; pero no deja de ser notable que en un ambiente de tanta curiosidad por el tema, ningún impresor quisiera o pudiera aprovechar el valor comercial que cualquiera de estas breves relaciones podría haber alcanzado.[4]

---

[4] Entre las muchas relaciones destaca la *Carta a un abade da Beira...*, (25 de diciembre de 1578), copiada numerosas veces, cuyo tono displicente, hasta humorístico explican que no fuera impresa hasta 1849 (Sérgio 1924: xx). La relación anónima del códice 498 de la Biblioteca Nacional de Lisboa y el *Comentario...* de Luis de Ojeda se presentan como obras de supervivientes y ambas subrayan el papel de Francisco de Aldana en la batalla, su trabajo como reorganizador del ejército y sus consejos desoídos. Las más conocidas crónicas portuguesas de Amador Rebelo y Bernardo da Cruz, manuscritas hasta el siglo XIX,

En ese contexto Antonio de Herrera y Tordesillas, que por entonces todavía no era cronista oficial, pero que estaba, incansablemente, haciendo méritos para serlo (Esteve Barba 1992: 128-129), da a la imprenta sus *Cinco libros [...] de la Historia de Portugal* (1591). A partir de Nieto y Conestaggio, así como de abundante documentación de primera mano, Herrera escribe una historia sumamente partidista, donde el reinado entero de D. Sebastián ocupa sólo el primero de cinco breves libros, compartido además con un extenso relato retrospectivo que repasa toda la historia de Portugal, y se detiene a explicar cómo este reino fue primero una parte desgajada del de León. Disculpa a D. Sebastián y carga las tintas sobre los maestros y consejeros:

> En el tiempo que más se había de ocupar en las letras y exercicios, con que se aprende el gobierno político, le inclinaban los que andaban cerca de su persona a guerras y novedades, y siendo como era de espíritu levantado, imprimían en él fácilmente este deseo, lo cual artificiosamente hazían por apartalle del trato de la agüela, y por esto le llevaban a menudo a los bosques y campañas, con ocasión de recrearse en la caça (Herrera y Tordesillas 1591: f. 1v).

También culpa Herrera a los súbditos lisonjeros de D. Sebastián, que le aplauden las locuras y le dan los consejos que él quiere oír en lugar de los que necesita.

Frente a estos malos ministros, el niño rey cuenta con los desvelos de su abuela y la atención paternal de Felipe II, que lo hizo todo por apartarle de África. Herrera subraya también los triunfos diplomáticos del Rey Prudente, que ha logrado ganarse la amistad del Maluco, y por tanto alejar de Marruecos el peligro turco sin necesidad de recurrir a la fuerza, preferida por su sobrino. Da cuenta de las varias y muy razonables propuestas de paz por parte del Maluco y hace el elogio de éste como hombre justo, culto, amigo de cristianos y hasta cristiano (17-18). De todo ello hizo caso omiso D. Sebastián, «pudiendo en él más el deseo que la razón» (f. 10r). Lo inapropiado y lento de los preparativos para la guerra recibe una explicación inesperada:

---

son probablemente tardías (aunque también obra de testigos) y, como las publicadas en 1620-30 (Leitão de Andrada, Coelho Barbuda, Faria e Sousa, Morales, Mesa), reflejan tanto las polémicas de estos primeros años como el proceso de 'blanqueo histórico' aquí rastreado.

> Gente noble y principal, más apercebida de joyas y ricos vestidos que de armas y aparejos militares, en quien se conocía tanta tristeza y mala gala para la jornada que muchos pronosticaron antes de salir de Lisboa el suceso que tuvo, fundándolo en la flaqueza de las fuerzas y en la mala orden con que en todo se procedía y en la mucha confusión que había. [...] [L]as cosas [...] caminaban con mucha tibieza y floxedad (f. 12v).

La desorganización en la marcha (el ejército perdió un mes en el camino, comiéndose los víveres que después escasearon) se asocia una y otra vez a falta de bríos y de valor de los portugueses, siempre en contraste con su belicoso rey:

> Es cosa cierta que desde el primero día que se descubrieron los enemigos, se conoció en ellos tanto miedo que con dificultad los podían tener en las trincheras, porque unos se iban a embarcar, otros se entraban en Arcila y otros se iban por tierra a Tánger, con peligro de ser muertos y presos en el camino de los moros de la tierra (f. 13v).

Esto explica, según Herrera (y nadie más lo dice), la distribución del ejército, donde la vanguardia era constituida por el tercio de aventureros (hidalgos pobres, únicos valerosos), los españoles, italianos y alemanes; de ahí el éxito de su primera acometida, mientras que la retaguardia, constituida enteramente por portugueses, se deshizo en cuanto los cañones enemigos dispararon sobre ella, donde «vilmente muchos soldados de la batalla en el primer ímpetu arrojaron las armas, rindiéndose a los moros» (f. 16v).

¿Qué hizo aceptable a Herrera sobre Nieto y sobre Prieto? Desde luego su brevedad en el tratamiento de la batalla era una ventaja; otra era dedicar tres de sus cinco libros a los triunfos militares españoles en Lisboa, San Miguel y Terceira (1580; 1582; 1583), quizá porque el momento era muy oportuno: justo cuando Felipe II podía celebrar el fracaso de la invasión inglesa de Galicia y Lisboa (1589), uno de cuyos objetivos era colocar a D. Antonio en el trono portugués y establecer una base inglesa en las Azores. No deja de sorprender, sin embargo, que Herrera se ensañe así con el valor de los nobles portugueses, quienes, en contra de las expectativas de D. Antonio, no se habían levantado contra el poder español. Su partidismo castellanista exacerbado no servía bien los métodos y las necesidades del rey Prudente y por lo mismo no podemos llamar a la de Herrera 'historia oficial', como hace Manupella (1984: 139). De hecho pasó sin pena ni gloria, sin ser reimpresa, imitada, refundida ni (a pesar de las polémicas que agitaron los años siguientes) rebatida.

Más complejo es el caso de la más célebre crónica sebástica, *Dell'unione del regno di Portogallo alla Corona de Castiglia*, de Girolamo Franchi Conestaggio, genovés establecido en Lisboa y que había tenido acceso a mucha información de primera mano. Se publicó en Génova en 1585, y en menos de un siglo apareció 17 veces más, en seis lenguas. En su dedicatoria a la Signoria de Génova, Conestaggio no calla la lección que su pequeña república debe extraer de su libro: la de su propia fragilidad frente a los grandes. En 1589, en la segunda edición genovesa, Conestaggio añade una carta-prólogo al lector con una amarga queja: ha intentado publicarlo en España y no ha podido; la Inquisición lo ha aprobado, pero no ha logrado imprimirlo. También apunta hacia los motivos:

> mi calunniarono [...] accusandomi di difamorevole alla nazion Portoghese in comune, e di rigoroso censor in particolare delle attioni de personaggi e ministri di quel Regno. [...] sarebbe stato piu soportabile se contenti alcuni di morderme ingiustamente non si fossero dalle passioni loro lasciati transportare, a procurar que si impedisse l'uso di questo livro in tutta Spagna, non ostante che da gl'Inquisitori sia stato approvato (Conestaggio 1589, 1r).

En efecto, se conservan numerosos manuscritos en español, que suman nada menos que siete traducciones diferentes y confirman tanto el interés por la obra como los obstáculos que fueron retrasando su impresión: una fechada en 1587 no reconoce el nombre del autor, y se dice «compuesta por el licenciado Diego de Aguiar» (BNM ms. 6538); una copia de la misma hay en la Real Biblioteca (II, 1871), «traducida por Aguiar», y otra, incompleta y con la carta-prólogo aparte se halla en BNM 2423. Fechada en 1591 y completa es la traducción del benedictino toledano Antonio Peralta (BNM 9394), ya con nombre correcto. Otro toledano, Pedro Manrique, «a instancia del conde de los Arcos» (Pedro Lasso de la Vega, primer conde desde 1599) realizó una versión conservada en cuatro copias (BNM, mss. 7438; 10667; 7559; 2851). En 1604, Juan Cisneros y Tangle, regidor de Carrión, terminaba la suya en dos volúmenes, lujosamente presentada, y no sabemos si por vanidad o para lograr imprimirla, se la atribuyó a sí mismo, disfrazándola bajo el título de *Historia de Portugal* (BNM 2119). Tampoco la traducción de Luis Bavia, que esa sí fue impresa en 1610 como *Historia de la unión [...]*, confiesa quién es el verdadero autor, aunque una copia que se le sacó (BNM 10535) sí lo hace, denunciando que «anda impresa en nombre de don Luis de Bavia».

Ninguna de estas versiones da nuevas pistas sobre la prohibición, aunque la falsificación de la primera y las dos últimas es reveladora. Mientras tanto, la obra de Conestaggio, publicada en otras lenguas, adquiría fama de ser propaganda profelipista, mereciendo muy particularmente el ataque virulento de Fr. José Teixeira, partidario de D. Antônio y después creyente en el regreso de D. Sebastián. Conestaggio, dice, es un modelo de falsedad e ineptitud al servicio de Felipe II, y su crónica fue dictada por el pérfido Cristóbal de Moura, verdadero factor del rey español en Portugal:

> Quod quam falsum sit et ineptum, [...] ut videre est apud Hieronymum Franchi Conestaggium [...], qui anno 1585, in gratiam Serenissimi Regis Philippi, *De Portugalliae cum regno Castellae unione* libellum in lucem edidit; in cujus compositione Angelum auricularem [...] habuit Christophorum a Moura [...] Conestaggii ipsius narrationem integram (ne nos etiam pervertisse, aut male vertisse dicant) Italice, ut alibi amplius fecimus, hic subiiciam, hic tamen omisimus huisce Connestaggii maledicta, mendacia, dicteria et convitia, quae in famoso suo libello supra citato summa audacia, & et impudentia impudica fretus, in Reges, Principes ac prelatos, virosque nobilissimos, virtute quoque praeditissimos conferre non erubuit (Teixeira 1595: 67-68).

Lo que tanto ofendía a Teixeira era desde luego la muerte de D. Sebastián, la exposición de los derechos de Felipe II, el relato de la toma de Lisboa y las Azores y en general todo lo que justificase y glorificase la unión ibérica, porque, como amplifica en el *Tratado parenético*,

> [...] em tudo tenho lido que os portugueses e castelhanos são de uma mesma província e nascidos quase de um mesmo tronco e salidos de uma mesma casta, falando uma mesma língoa. Tal é a opinião de Conestagio [...], mas nisto não sabe o que diz, porque os portugueses saem dos galos, celtas e bracates, e a sua língoa é quase latina, quanto aos castelhanos [...] julgamos descenderem dos vándalos, judeos e mouros, e a sua língoa é quase mourisca (Teixeira 1597: 31).

Aun sin prestar mucha atención a los interesados improperios de Teixeira, lo cierto es que la obra de Conestaggio fue puesta en relación con el Escorial también por parte de españoles. Además, en gran parte de los manuscritos conservados en Madrid, D. Juan de Silva, embajador de Felipe II ante don Sebastián y entre 1593 y 1598 uno de los gobernadores de Portugal, figura como traductor de la carta-prólogo. Quizá por eso se empezó a decir que era el verdadero autor de la obra, rumor que puede ser verdadero y que ha llegado hasta numerosos catálogos modernos.[5]

[5] Manupella (1984: 99-105) estudia la fortuna del rumor a partir de 1619, cuando Adriano Stopendro lo puso por primera vez en letras de molde. El extenso artículo

Pero obra tan procastellana sigue sin ver la luz en nuestra península hasta 1603, y lo hace en la versión muy retocada de Antonio de San Román, quien en su prólogo hace hincapié en la distancia que le separa de su original. Dice seguir

> los papeles del Franchi de Génova [...], como tan acreditados que han sido, procurando sacarle la malicia de su libertad demasiada con el buen zelo de la verdad, [...] porque no pueda ofender en algún tiempo un ánimo tan enconado como el de aquel estrangero, que a sombra de la misma verdad ha querido menoscabar tan de propósito el valor de los portugueses, como si por haberles sucedido aquella desgracia perdiesen por ello en un punto el crédito y reputación que han adquirido en tantos años con tanta satisfación de la mayor parte del mundo, que han atropellado con sus armas (San Román 1603: s.p.).

En su valoración moral del desastre, San Román se alinea con los poetas, pues la desgracia es fruto claro de la voluntad de Dios, que así castigó pecados y unió la cristiandad:

> Quebrantó entonces Dios, por donde menos se pensaba, el arco de su indignación sobre su persona, siendo permisión suya que muriese este Sansón, para que reforzándose la potencia del rey Católico, fuesen oprimidos los enemigos de Dios de allí adelante [...] Débense dar muchas gracias a Dios por el buen paradero que tuvo una calamidad tan grande, pues teniendo un Dios, una fe, un baptismo, una iglesia y una naturaleza, ha sido él servido que también estemos todos a la sombra de un rey, que hace con su potencia formidable la nación española en todo el mundo (San Román 1603: s.p.).

El punto contencioso del valor de los portugueses se resuelve también en el prólogo:

---

de Manupella, único estudio dedicado a Conestaggio de forma monográfica, es fundamental por sus esclarecimientos en torno a su confusa biografía y sus otras obras históricas (105-148), aunque es demasiado apasionado en su intento de 'rescatar' al genovés de la mala fama que le dieron algunos de sus contemporáneos. Se detiene en la crónica de Gil Loureiro, quien se enfurece injustificadamente por minucias hijas de su desconocimiento de la lengua italiana (60-70). Manupella (1984: 82) lista también los pasajes de Conestaggio que pueden haber ofendido la sensibilidad del vencido y comenta los ataques recibidos también desde España (pero no a propósito de esta obra, sino de su *Guerra de Germania*) (1984: 93-99). Pero no es su propósito poner *Dell'unione...* en el contexto más amplio de las crónicas contemporáneas manuscritas e impresas (aunque conoce y describe cuatro de las traducciones de Conestaggio de la Biblioteca Nacional de Madrid). Al no dedicar atención a las traducciones francesas, que como veremos, me parecen de gran importancia, nuestras conclusiones son muy diferentes.

> Echaráse a lo menos de ver en esta jornada una fidelidad tan grande de los portugueses con su rey, que con saber evidentemente que iban a morir (pues dejaron hechos sus testamentos), se metieron con todo eso por donde quiso, sin hazer otra cosa que bajar los hombros y morir en su presencia (San Román 1603: s.p.).

En el cuerpo de la historia, San Román se cuida de corregir en ese respecto a Conestaggio, quien, sin embargo, se había limitado a algún comentario muy realista acerca del miedo que sentirían los sin duda valerosos portugueses al verse rodeados por fuerzas tres veces superiores. El italiano y el español coinciden en que las riquezas de Asia habían ablandado el espíritu portugués, y que los jesuítas se esforzaron por corregir ese defecto. Pero la Compañía, culpable para el primero del belicismo de la corte, es exonerada por San Román, que escribe en la época projesuita de Felipe III: no hicieron más que enviar al rey a África para quitarle el empeño que tenía de ir a la India (San Román 1603: 6-7), afirmación que pasará a relatos tan difundidos como los de Leitão de Andrada y Cabrera de Córdoba. Terreno más conflictivo pisa Conestaggio cuando afirma, sin la virulencia que vimos en Miguel Pereira, que los buenos ministros y consejeros no osaban contradecir al rey para no perder su favor; todo ello lo omite San Román, seguramente queriendo salvar el honor de la nobleza portuguesa. En cuanto al siempre delicado asunto del matrimonio, Conestaggio dice con claridad que «deseaba también casarse por tener heredero, aunque temían los médicos que fuese inhábil para la generación» (Conestaggio 1610: f. 11v). San Román se apresura a corregir, declarando que el rey deseaba casarse y tener hijos *antes* de ir a África, aunque no sabe explicar por qué no lo hizo. Sólo en un aspecto parece agravar las cosas: en el carácter melancólico de D. Sebastián; Conestaggio se limita a recordar su afición a navegar por el Tajo en noches borrascosas, mientras que San Román amplifica «como hombre que se andaba buscando la muerte por sus manos» (San Román 1603: f. 31r), y cuando muere doña Catalina «como el rey iba ya buscando la muerte por sus pasos contados, acabó de confirmarse más que nunca su fin desastrado» (f. 41r).

Menos en este último aspecto, la historia de D. Sebastián resulta atenuada en los puntos que podían resultar ofensivos, y así llega a la imprenta. No importaron en cambio ciertos comentarios de Conestaggio sobre la duplicidad de Felipe II, acusado de que al negociar su ayuda para la invasión no había actuado de buena fe, pues él sacaba provecho ganase o perdiese; todo ello pasa a San Román al pie de la letra, y se lo

recrimina el portugués Jerónimo de Mendoça (1607), quien inciensa a Felipe II con cualquier pretexto y critica esa afirmación como impensable en el rey Católico, mientras que arremete contra Conestaggio y contra San Román, uno por mentiroso, otro por ineficaz e insuficiente, suprimiendo los puntos desagradables de la historia y desmintiendo a ambos «extranjeros» en cuanto se refiere al valor de los portugueses.[6]

San Román peca en efecto de insuficiente, pero en su momento tenía la virtud, más importante, de la oportunidad: mientras él retocaba a Conestaggio, Marco Tulio Catizone, el calabrés que en Venecia se hacía pasar por don Sebastián, fue puesto en libertad, dotado de un grupo de seguidores, preso de nuevo, puesto en manos españolas, trasladado a la península, procesado y en septiembre del mismo 1603 ahorcado en Sanlúcar. Los rumores de que el rey portugués había sobrevivido la batalla y se preparaba para recuperar el trono habían sido recurrentes desde que en 1584 apareciera el primer candidato. Catizone, habiendo heredado algunos partidarios del prior de Crato, había tomado más vuelos, y ya se difundía en varias lenguas la biografía que le escribió João de Castro (1602). Había que atajarlos, coincidiendo en ello la horca de Sanlúcar y la pluma de San Román.

Camino distinto siguen las traducciones francesas. Llegarán a ser tres, pero sólo nos interesa la primera, que alcanzó cuatro ediciones en el periodo que estudiamos. El traductor, Thomas Nardin, afirma en su «Advertissement au lecteur» que no conoce libro más instructivo, pues

> [...] il n'y a point d'auteur moderne de cette qualité qui ait apporté plus de prompts remèdes a nos divers changements, que celui de l'Histoire presente. Car ou l'occasion l'a donné, qui est quasi en touts les endroits de ce volume, il n'a rien omis de ce qui sert a redresser les ordinaires manquements de nostre imbecillité (Conestaggio 1596: s.p.).

Entendamos la última palabra como latinismo: *imbecillitas*, debilidad. Se trata de la debilidad humana que los protagonistas del libro se empecinan en no reconocer y que hemos visto tantas veces aducida como origen de la desgracia, desde la incapacidad para el autoconocimiento poetizada por

[6] Mendoça se presenta como testigo presencial de la batalla. Manupella (1984: 70-71) le quita importancia, reduciendo su versión a un puñado de «desabafos polémicos» sin mayor interés. Sin embargo, el librito tendría mucha importancia como fuente del más difundido de Leitão de Andrada y de la historiografía oficial portuguesa tras la Restauración.

Fernando de Herrera. Acompaña la traducción un soneto de Jean Baptiste Chassignet, «Sur la mort de Sebastián [...] et la grandeur de Philippe II», que da una explicación ingeniosa, histórica y teológicamente correcta para el desastre: la *translatio imperii* ha llevado el imperio, como el sol, hacia su límite occidental, donde se han encontrado dos imperios, el portugués y el español, situación insólita que Dios resolvió eliminando a D. Sebastián y logrando así que «deux corps rompus ne firent qu'une masse» (Conestaggio 1596: s.p.). Esta idea de lo roto que se reconstituye procede lejanamente del mismo Conestaggio, quien afirma que Portugal había sido un fragmento desgajado de la Hispania de siempre, reunido ahora merced a la intervención divina, y la hemos encontrado también en Fernando de Herrera y Duarte Dias.

La traducción de Nardin, con estos preliminares en total armonía con la línea más profelipista de cuantos textos hemos visitado, apareció dos veces en Besançon (1596; 1601) y dos en Arras (1600; 1613). Notemos que estamos siempre en dominios filipinos, aunque marginales: los condados de Borgoña y de Artois; cuando por fin se imprime una traducción española, aun con falso nombre de autor, es también en los márgenes del imperio: en Cataluña. Todo ello nos invita a revisitar su cualidad de 'proscrito' y pensar en *Dell'unione[...]* como un libro ostensiblemente silenciado en castellano durante 25 años para no ofender a los portugueses (y la violenta reacción de Teixeira y Mendoça prueba que todas las precauciones eran pocas con un pueblo que acababa de perder su independencia y cuya voluntad había que atraerse), pero que en cierto momento se hizo útil como mejor de las versiones existentes: la más completa, la más ponderadamente profelipista y a la vez la más autorizada en el extranjero debido a la misma prohibición felipista. Las protestas portuguesas contra su contenido, la extensa difusión en francés (aunque no a partir de Francia), la atribución a Silva, los apaños apresurados de San Román, la apariencia de proscripción, dejan de ser contradictorios si vemos el libro de Conestaggio como un medio difusor, a cubierto de susceptibilidades portuguesas, de una versión de los hechos que a la monarquía hispánica le interesaba gritar por Europa, con exhibición de todas las vergüenzas y los trapos sucios, que, por una vez, no se podían lavar en casa.[7]

[7] Oliveira (2002: xxiv-xxv) también opina que Conestaggio es un propagandista al servicio de Felipe II, aunque, dada la naturaleza bibliográfica de su trabajo, no se detiene a demostrarlo ni a esclarecer estos puntos oscuros. Al dedicarse a reseñar

Los primeros años de reflexión en torno a Alcazarquivir se muestran, así, dependientes de los intereses de Felipe II. Si la prudencia proverbial del rey es un obstáculo a la difusión y consideración pública de multitud de aspectos de la vida y muerte de Don Sebastián, parece que en ocasiones la apariencia de silencio importa más que el silencio mismo. La veda se abre en los años 1620-1630, sólo después de la que por fin se puede llamar historia oficial: en 1619 Luis Cabrera de Córdoba, cronista real, dedica muchos capítulos de su *Historia de Felipe II* a contar la de D. Sebastián, su invasión y su derrota. Como era de esperar tras un proceso tan largo y lleno de compromisos, es una historia aguada; Cabrera elimina todo el material que en las décadas anteriores se había ido decantando como molesto para alguien: la mala educación del rey no es más que devoción y celo religioso; sus problemas sexuales, un error de interpretación histórica originado en su piadosa castidad; los malos consejos son fallas humanas; la temeridad de la invasión, falta de cálculo; el rey yerra «por natural ferocidad o permision divina» (394). Felipe II, además de padre protector, es hábil político y resuelve la difícil situación internacional previa a la batalla por la vía diplomática. Por su parte, todos los movimientos de D. Sebastián en África son justificados desde el punto de vista estratégico, siguiendo en todo la versión de Mendoça, «mas el detenerse en Arcila dieciocho días perdió la jornada, [...] dando lugar a Muley Moluc a juntar sus gentes» (468). Los siempre valerosos portugueses fueron aplastados por un ejército tres veces superior: ése fue el único motivo de la derrota de quienes son elogiados en los términos más hiperbólicos por su historia llena de guerras y victorias, y muy concretamente por haber mantenido su independencia durante siglos junto a un vecino tan poderoso. Dios quiso que la perdieran ahora, y proveyó un rey mejor para reinar sobre todos.[8]

exclusivamente fuentes impresas, asegura que la batalla no fue origen de relaciones en portugués, lo cual no es cierto, como hemos visto: hay muchas, pero no lograron ser impresas.

[8] Agradezco a la *Fundação Calouste Gulbenkian* la ayuda de costas concedida en el verano de 2007, que me permitió la necesaria investigación en diversas bibliotecas portuguesas.

Referencias bibliográficas

Andrada, Miguel Leitão de (1629): *Miscellânea do sítio de N. S. Da Luz*, Lisboa: Matheus Pinheiro.

Azevedo, J. Lúcio de (1947): *A evolução do Sebastianismo*, Lisboa: A. M. Teixeira.

Barahona de Soto, Luis (1903): «Poesías líricas», en: Rodríguez Marín, Francisco (1903): *Luis Barahona de Soto: Estudio biográfico, bibliográfico y crítico*, Madrid: Rivadeneyra.

Bernardes, Diogo (1594): *Várias rimas ao Bom Jesús*, Lisboa: Simão Lopes.

Brandão, Luis Pereira (1588): *Elegiada*, Lisboa: Manuel de Lira.

Cabrera de Córdoba, Luis (1619): *Filipe II, rey de España*, Madrid: Luis Sánchez.

Castro, João de (1602): *Discurso da vida do sempre bem vindo e aparecido rey dom Sebastião, nosso senhor, o Encuberto, desdo seu naçimento té o presente*, Paris: Martin Verac.

Conestaggio, Ieronimo de Franchi (1585, 1589): *Dell'unione del regno di Portogallo alla Corona de Castiglia*, Génova: Girolamo Bartoli.

Conestaggio, Ieronimo de Franchi (1596): *L'union du royaume de Portugal a la couronne de Castille*, trad. Thomas Nardin, Besançon: Nicolas de Moingesse.

Conestaggio, Ieronimo de Franchi (1610): *Historia de la unión del reino de Portugal a la Corona de Castilla*, trad. Luis de Bavia, Barcelona: Sebastián de Cormellas.

Corte Real, Jerónimo de (1578): *Felicíssima victoria concedida del cielo al señor don Juan d'Austria, en el golfo de Lepanto, de la poderosa armada othomana en el año de nuestra salvación de 1572*, Lisboa, António Ribeiro.

Corte Real, Jerónimo de (1594): *Naufrágio de Sepúlveda*, Lisboa: Simão Lopes.

Cruz, Maria Augusta Lima (2006): *D. Sebastião*, Lisboa: Círculo de Leitores.

Dias, Duarte (1590): *La Conquista que hizieron* [...] *Don Fernando e Doña Isabel en el reino de Granada*, Madrid: Vda Alonso Gómez.

Esteve Barba, Francisco (1992): *Historiografía indiana*, Madrid: Gredos.

Herrera, Fernando de (1582): *Algunas obras*, Sevilla: Andrea Pescioni.

Herrera y Tordesillas, Antonio de (1591): *Cinco libros de Historia de Portugal*, Madrid: Pedro Madrigal.

Manuppella, Giacinto (1984): «A lenda negra de Jerónimo Franchi Conestaggio e da sua *Unione del Regno di Portogallo alla corona di Castiglia* (Génova, 1585)», en: *Revista da Universidade de Coimbra* 31, págs. 53-148.

Martínez Torrejón, José Miguel (2005): «Ánimo, valor y miedo: Don Sebastián, Corterreal y Aldana ante la invasión de Marruecos», en: *Península* 2, págs. 159-170.

Martínez Torrejón, José Miguel (2007): «Entre perros y lobos: Un chaparrón de inútiles consejos para el rey D. Sebastián», en: *Revista de Filología Española* LXXXVII, 2, págs. 355-382.

Martínez Torrejón, José Miguel (en prensa): «Víspera de la batalla: el hervidero manuscrito portugués ante el 'cambio de régimen' en Marruecos», en: *Românica*.

Mendoça, Jerónimo de (1607): *Jornada de Africa* [...] *em a qual se responde a Ieronymo Franqui e otros*, Lisboa: Pedro Craesbeeck.

Miscelânea Pereira de Foyos (en prensa): ed. José M. Martínez Torrejón, Lisboa: INCM.

Nieto, Luis (s. d.): *Relación de las guerras de Berbería y del sucesso y muerte del rey D. Sebastián*, Biblioteca Nacional Madrid (BNM), ms. 2860.

Nieto, Luis *Relación[...]* (1891): *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, Madrid: Marco y Viñas, Vol. C., págs. 411-458.

Oliveira, Vítor Amaral de (2002): *Sebástica: Bibliografia geral sobre D. Sebastião.* Coimbra: Biblioteca Geral da Universidade.

Ojeda, Luis de (s. d.): *Comentario que trata de la infelice jornada que el rey D. Sebastián hizo en la Berbería el año de 1578*, Biblioteca Nacional Lisboa (BNL), ms. 199, núm. 6.

Pereira, Miguel, *Crónica de el-rei Dom Sebastião [...], na qual se contém por maior os successos de seu reinado e vida*, Biblioteca Nacional Lisboa (BNL), COD 477.

San Román, Antonio de (1603): *Jornada y muerte del rey don Sebastián [...], sacada de las obras del Franchi, ciudadano de Génova, y de otros muchos papeles auténticos*, Valladolid: Herederos de Juan Íñiguez de Lequerica.

Sérgio, António, (ed.) (1924): *O Desejado: Depoimentos de contemporáneos de D. Sebastião* [...], Paris-Lisboa: Aillaud e Bertrand.

Teixeira, José (1595): *Speculum Tyranidis Philippi Regis Castellae in Vsurpanda Portugallia*, Paris [s.n.].

Teixeira, José (1597): *Fuora villaco/Tratado parenético*, Biblioteca Nacional Lisboa (BNL), COD 288.

Velloso, José M. de Queiroz ([3]1945): *D. Sebastião (1554-1578)*, Lisboa: Imprensa Nacional de Publicidade.

Villacorta Baños-García, Antonio (2001): *Don Sebastián, rey de Portugal*, Barcelona: Ariel.